

*"Soy corona en la frente
de mi puerta:*

*envidia al Occidente en
mí el Oriente.*

*Siempre estoy esperan-
do ver el rostro*

*del rey, alba que mues-
tra el horizonte.*

*¡A sus obras Dios haga
tan hermosas*

*como lo son su temple y
su figura!*

Alqalá al hamra, "la roja"

Luis Blanco / María Vieites / Pedro Ruiz

Recuerdos de la Alhambra

Con el debido respeto le tomo prestado el título al maestro Isaac Albéniz; no encuentro otro más apropiado para encauzar esta página ya que lo que escribo nada tiene que ver con las guías de turismo o el comentario arqueológico. Se trata de recuerdos y quien dice recuerdos dice emociones, impresiones y también imprecisiones cuyo color actual es el de los años sesenta.

El profesor Bermúdez de Castro, catedrático de Arqueología en la universidad de Granada y guía de excepción de la Alhambra por su cargo de director de las obras de mantenimiento, nos decía, no sin humor, que no hay un itinerario único, un trayecto invariable para visitar el Alcázar.



A él, por ejemplo, le gustaba ver la Alhambra a distintas horas del día, siguiendo las evoluciones de la luz: asomarse a la Torre de la Vela con el alba y descender hacia el Paseo de los Tristes o acercarse al mirador de San Nicolás, en el Albaicín, para ver incendiarse con la luz de la tarde los muros de la que los moros llamaron "La Roja". La luz de mediodía le sienta de maravilla al Patio de los Arrayanes con su enlosado de mármol y el espejo del agua donde se sumerge invertida la Torre de Comares. Hay horas para sorprender un ambiente que ya no se repite a otras horas del día y matices en la yesería de las paredes que uno no había visto con otra luz distinta.

Pero por aquello de que no hay un sólo itinerario, el profesor Bermúdez nos hablaba también de un itinerario del agua y de las fuentes, cosa a la que se había adelantado en cierto modo el poeta granadino Paco Villarespa con su poema a las fuentes de Granada en el que resonaban versos como éstos:

*"Algunas se despeñan con ecos de torrente
y entre las alamedas descienden rumorosas
arrastrando en el vivo fulgor de su corriente
en féretros de espuma cadáveres de rosas."*

Ese rumor del agua es, tal vez, uno de los primeros sonidos que nos llegan apenas traspuesta la Puerta de las Granadas al final de la Cuesta de Gomérez.

Ya más en lo suyo, señalaba el profesor el interés de estudiar la Alhambra descubriendo los planos del terreno. El visitante sube y baja, se detiene y mira, sin caer en la cuenta de que la colina ha sido cuidadosamente trabajada, de que todo mantiene un sentido ascendente cuya culminación es la sala del trono o salón de embajadores que es como popularmente se ha llamado al salón de Comares, lugar en que la imaginación histórica gusta de evocar una conversación de rutas marinas y carabelas entre Cristóbal Colón y los Reyes Católicos. Los amplios ventanales del salón nos distraen ahora de la real conversación llevándonos los ojos a un exterior soleado, de cuevas encaladas, chumberas y piteras en la loma del Sacromonte.

Aún así, no quedaba todo dicho por parte del profesor, o quizás no estaba nada dicho puesto que

lo que él apuntaba eran meras posibilidades para la visita. Nos faltaba un relato de la Alhambra. Y desde luego lo tuvimos.

Su minucioso conocimiento del lugar le permitía detenerse en un sitio cualquiera, ante la Puerta de la Justicia o la Puerta del Vino o el aljibe de la Alcazaba y aparcar a todo el grupo durante tres cuartos de hora para hacer un despliegue general del conjunto arquitectónico. La Alhambra se iba haciendo a partir de una puerta, de una excavación, de un trozo de

muro o de un espacio vacío donde en otro tiempo hubo, en otro tiempo estuvo, en otro tiempo, etc.

Algunos de los oyentes se quejaban: "A este paso no llegaremos nunca al Patio de los leones".

Y efectivamente, soy testigo de que alguna de las veces no llegamos, no por culpa del profesor sino por incompatibilidad entre su sabiduría y nuestro horario.

Yo volví a la Alhambra algunas tardes de domingo

en busca de lo que él me había contado. A principios de los años 60, de esa fecha estoy hablando, las salas estaban vacías y los pavimentos desnudos. Se me venía a la memoria lo que el profesor comentaba sobre la refinada sensualidad de los árabes y su exquisito cuidado de los pies. La desnudez de los pavimentos estaba antiguamente recubierta de alfombras de distinto pelaje, desde la lana más cruda a la más delicada buscando un contraste de tactos y sensaciones al caminarlas con los pies descalzos. Algún historiador cuenta que las mujeres moras sometían a sus pequeños a un recio tratamiento de las plantas de los pies provocando el desprendimiento de la primera piel y logrando, con la aparición de la piel nueva, más sutil y sensible, un aumento de la capacidad de sensaciones placenteras. De ahí la curiosa reacción de los curas de la vega granadina y sus contornos prohibiendo por entonces a sus cristianos que se lavaran los pies, pecaminosa costumbre mora que era preciso combatir antes de que llegara a convertirse en afición. Como me lo contaron lo cuento.

Historias y leyendas se hacen encontradizas por todos los rincones, desde el degüello de los abencerrajos en la sala del mismo nombre cuyo pilón de már-



mol conservó mucho tiempo una mancha de sangre bajo el reflejo de la techumbre de mocárabes en el agua, a los baños reales donde algún febril merodeador creyó oír la música de una banda de músicos ciegos que, dada su condición, no podían profanar con ojos pecadores la desnudez de las mujeres del rey. ¿O era sólo la de la reina?

Pasan rumores de leyenda, de romance, del inevitable Washinton Irving y el visitante prefiere dejarse atrapar por la pura belleza de las cosas sin preguntar quiénes eran las Dos Hermanas que dan nombre a una de las salas más bellas de la Alhambra o quién era Lindaraja, la dueña del mirador que da al jardín, que da a la fuente, que da a la luz enrojecida y a los pájaros que regresan al ciprés todas las tardes. El poeta Aben Zemrec tampoco se ocupó de los nombres cuando escribió para un zócalo de la Sala de las dos Hermanas:

"Aquí hay una cúpula cuya altura se pierde de vista. En ella las bellezas se ven confusas y lejanas. Aquí la ornamentación no tiene rival en hermosura. Con ella este Alcázar se muestra más precioso que la espléndida bóveda de los cielos".

Uno se va de allí pensando que el poeta ha exagerado pero que es difícil decirlo de otro modo. Con ese verso no nos ha descrito el techo de la sala sino su devoción y su entusiasmo por la mágica mano de obra de la estancia.

Nos vamos. Una vez más, querido profesor, no hemos llegado al Patio de los leones.

Posdata

No sería yo fiel a mis recuerdos de la Alhambra si no tuviera en cuenta otro punto de vista diferente: lo que la Alhambra nos enseña de Granada, me refiero a su entorno, su paisaje y su misterio. La Torre de la Vela se convierte para este menester en cátedra de estética suprema.

Cualquier hora es buena para observar los milagros de la luz por Sierra Nevada o Sierra Elvira, tan distintas, tan distantes, o asomarse frontalmente al Albacín donde la traza árabe del barrio mantiene viva su estampa de morería andaluza. Conozco alguna de sus casas donde la pared maestra es un trozo de vieja muralla o en cuyo pozo, en el huerto, se habían encontrado dos gumías con empuñadura de plata.

Y el cielo a la redonda, azul y planetario, y el griterío claro que sube hasta la torre desde las callejuelas profundas que descienden al Darro con sus niños, sus gitanos, sus burros, sus vendedoras de caquis y la numerosa tribu de los gatos.

Como posiblemente sabe el lector, a la entrada de la Torre de la Vela se ha escrito en la pared el mejor elogio a cuanto vengo diciendo:

*"Dale limosna, mujer,
que no hay en la vida nada
como la pena de ser
ciego en Granada".*



Del libro *La Alhambra contada a los niños*



IRVING, W., *Cuentos de la Alhambra*, Biblioteca Araluce, Anaya, Madrid, 1998.

Un conjunto de leyendas o cuentos populares transmitidos oralmente de generación en generación. Precedidos de una rica descripción de la Alhambra que transporta al lector a ese entorno musulmán de riqueza, lujo, esplendor y sueño.

Cinco relatos cortos que nos traen el recuerdo de aquel pueblo bravo,

culto y apasionado que un día compartió territorio con el reino cristiano.

De lectura fácil y amena, aviva la imaginación e invita a soñar con ese mundo donde lo ficticio se confunde con la realidad.

Y para aquellos que se queden con ganas de seguir "paseando" por los rincones de este espacio y esta época, ya están editados en la misma colección *"Más Cuentos de la Alhambra"*.

Pensar, imaginar, luego ver

Antes de comenzar a pasear por los maravillosos jardines de la Alhambra, de visitar cada una de sus estancias, tómate un tiempo, piensa, coge papel, lápiz y anota:

- ◆ Todo aquello que ya sabes de la Alhambra (lo que te han contado, lo que has leído, investigado...)
- ◆ Aquello que supones o deduces de todo lo que sabes (será un espacio bello, amplio, bien o mal conservado, tendrá fuentes, me la imagino...)
- ◆ Y por último, lo que te gustaría saber (quiénes vivían, para qué sirvió en su época, cómo serían las casas, que papel tenía la mujer en aquella sociedad...).

Todo esto te ayudará a concretar qué es lo que te interesa saber y a confirmar después del recorrido, si tus suposiciones eran ciertas o no.

Los poetas de la Alhambra

Las paredes de la Alhambra están llenas de inscripciones. Muchas de ellas son poemas, versos escritos por los poetas de la época en honor del sultán.

En la fachada de Comares hay unos versos en árabe, cuya traducción sería:

*"Soy corona en la frente de mi puerta:
envidia al Occidente en mí el Oriente.
Siempre estoy esperando ver el rostro
del rey, alba que muestra el horizonte.
¡A sus obras Dios haga tan hermosas
como lo son su temple y su figura!"*

Fíjate en los suaves trazos de la letras arábigas que vayas encontrando en tu camino, elige una de esas inscripciones, aquella que más te haya gustado por su situación o su disposición. Párate, obsérvala y piensa qué versos mandarías esculpir en ese lugar si fueses el Sultán. O bien traduce libremente lo que te sugieren esas enigmáticas palabras.



Los colores de la Alhambra

El color de la dinastía nazarí por antonomasia era el rojo. Las inscripciones de las paredes de la Alhambra estaban pintadas en dorado sobre un delicado fondo azul añil. Las decoraciones vegetales en estuco también estaban policromadas en rojo, amarillo, azul y verde.

Sitúate delante de una fachada, la de Comares por ejemplo. Obsérvala detenidamente e intenta grabar todos sus detalles en tu mente. Ahora cierra los ojos y dale color... ¿te la imaginas?



Aprender a ver

Si te ha ocurrido que, cuando paseabas por la calle, viste una cosa y te llamó la atención, la volviste a mirar, la observaste repetidamente, y en cada percepción fueron apareciendo rasgos y detalles nuevos... ¡Enhorabuena! ¡Has aprendido a ver!

Pues bien, dibujar y pintar requieren de esta manera de ver, distinta a la cotidiana. Cuando se supera la primera visión y se entra en la contemplación de las cosas, éstas se acercan, se conocen, se comprenden... y también se quieren, puesto que en el dibujo y en la pintura estamos manifestando nuestro modo de entender lo que vemos y estamos expresando nuestros sentimientos. Dibujar y pintar son actividades que nos enseñan a vernos a nosotros mismos por dentro.

Te proponemos que dibujes y pintes a tu manera la Alhambra. Ya sabes que cada persona tiene su estilo particular, nosotros te animamos a que encuentres el tuyo.

Llévate un cómodo cojín y el material que necesites para la técnica que hayas decidido emplear (papel, cartón, lápices, rotuladores, acuarela, ceras, tinta china, etc.). Elige lo que quieras pintar (un paisaje, una vista, los árboles, las flores, esta sala, aquel patio, alguna ventana, puerta o azulejo, etc.). Fíjate en los colores, en las formas, en lo que te gusta, en lo que ha llamado tu atención. Escucha tus sensaciones, ¿cómo las describirías? Pues ... ¡manos a la obra!

Arquitectura

Miguel Fisac en una conferencia en el Colegio de Arquitectos de Granada (21 abril 1994) dijo:

"Que la Alhambra nos recuerda que tenemos cinco sentidos. Que vivir inmersos en el Cosmos, es poder captarle en su exterior, no sólo con la vista, sino también con el oído y con el olfato; ya que no con el gusto y el tacto, que son sensaciones internas de nuestro cuerpo. Si bien la belleza plástica en las texturas de las superficies limitantes de los espacios puede captarse con la vista, su mensaje intelectual, poético o místico en sus soluciones geométricas, en sus inscripciones, en su cromatismo, ... el agua en sus tres situaciones que tanto se prodigan en la Alhambra, de agua que nace (fuentes), agua que corre (canalillos) y agua que se estanca (albercas y estanques) todo ello armoniosamente dispuesto, es un deleite acústico inigualable. Y las plantas aromáticas y las flores de los jardines en el interior y exterior nos proporcionan un deleite olfativo muy difícil de comparar con cualquier otro que podamos recordar. De la estancia de aquella reunión de compañeros en la Alhambra lo que recuerdo con más nitidez, porque en mi larga existencia no he vivido un espectáculo más completo ni más bello, fue una noche de luna, (sin ninguna luz artificial) que pasamos sentados en el suelo, o paseando en solitario, oyendo, oliendo y contemplando la Alhambra."



Vete a un edificio moderno representativo de tu ciudad. Entra en él, pasea a su alrededor. Miralo, huélelo, tócalo, escúchalo ... ¿Qué sensaciones te produce? (Tómate tiempo para sentirlo, luego lo escribes) ¿Se parece a la experiencia que Miguel Fisac tuvo en la Alhambra? (Comenta tus sensaciones con los compañeros). Un consejo: para tener tu propia experiencia es importante que vayas solo, y si no puede ser que el grupo respete en todo lo posible el silencio y el ritmo de cada uno).

También la Alhambra es agua, tierra, plantas ... Son sus jardines, sus huertas, su bosque. Agua que refresca, agua que produce agradables sonidos, arbustos que huelen al rozarlos, flores de muchos colores, frutos sabrosos, arboledas que dan sombra y nos ocultan de las miradas curiosas. Jardines elevados con vistas a un paisaje envidiable.

¿A qué sabe?

El orégano, el perejil, el cilantro, el hinojo, el azafrán, el laurel, el tomillo, el ajo, ... Estas y otras plantas aromáticas se cultivaban en Granada.

En el Patio de la Acequia

Escucha el sonido del agua, percibe el aroma de las plantas, observa el ambiente creado por la luz y los colores. ¿Qué sensaciones te produce?



Pestiños

1 taza de aceite / 1 limón / 1 cucharada de anís / 1 taza de vino / harina miel o azúcar

Se pone a freír una taza de aceite con una corteza de limón. Cuando esté dorada se aparta el aceite del fuego y se echa una cucharadita de anís. Se va añadiendo poco a poco harina al aceite y una taza de vino, amasando hasta hacer una pasta fina. Se estira y se cortan cuadros, se unen dos picos contrarios y se frien en aceite muy caliente hasta que están dorados. Entonces se sacan, se dejan enfriar y se les echa miel o azúcar.



La vegetación

Los habitantes de la Alhambra no buscaban únicamente la sombra de los árboles, sino una vegetación que agradara a los sentidos.

Intenta reconocer las especies preferidas por los granadinos del Al-Ándalus: el naranjo, el mirto, la madreselva, el jazmín... Puedes fotografiarlos para hacer luego un herbario.

El agua purifica...

Muchas de las pilas y pilares de la Alhambra estaban destinadas a la ablución de los creyentes musulmanes. Este rito de purificación consistía en ir lavándose distintas partes del cuerpo mirando en dirección a la Meca (el Este) y recitando una serie de plegarias.

Párate delante de una pila de agua, intenta situarte y averiguar dónde está el Este. Cierra los ojos y sumerge tus manos en el agua, mójate la cara, o la frente... ¿Sientes algo especial?



Del libro *La Alhambra contada a los niños*

La escalera del agua

Es el acceso al Mirador Romántico, la parte más alta del Generalife. Está protegida por una bóveda de laureles. En sus laterales se abren unos canales por los que discurre el agua de la Acequia Real cantando en diferentes tonos según la pendiente de la escalera.

El poeta Juan Ramón Jiménez aturdido por el entorno nos dejó esta impresión: *"Aquella música del agua la oía yo más cada vez y menos al mismo tiempo, menos porque ya no era íntima, mía; el agua era mi sangre, mi vida, y yo oía la música de mi vida y sangre era el agua que corría"*. ¿Qué te parece que quiso decir este poeta?

Haz tú lo mismo, déjate impresionar por la belleza del conjunto. Frota suavemente una hoja de

laurel entre tus dedos, huélelos después. Toca el agua que fluye por los canales, ¿está fresca? Escucha sus diferentes sonidos según vas subiendo. Percibe la diferencia de temperatura bajo las hojas de los laureles... Ahora escribe todo lo que sientes y si te animas, hazlo en verso. ■

Para saber más

EQUIPO HUERTO ALEGRE, *Dibujar la Alhambra. Iniciación a la pintura y al dibujo*. Patronato de la Alhambra y Generalife, Granada, 1999.

EQUIPO HUERTO ALEGRE, *La naturaleza en la Alhambra. Itinerario didáctico por el Generalife*. Patronato de la Alhambra y Generalife, Granada, 1999.

EQUIPO HUERTO ALEGRE, *Érase una vez... la Alhambra. Itinerario didáctico por los Palacios*. Patronato de la Alhambra y Generalife, Granada, 1998.

La Alhambra contada a los niños



VILLA-REAL, R., Ilustraciones: BAYÉS DE JUNA, P., *La Alhambra contada a los niños*, Ediciones Miguel Sánchez, Granada, 1997.

¿Cómo visitar la Alhambra con los niños y explicársela a la vez? Ponles en sus manos este libro y déjales que ellos vayan descubriendo, espacio tras espacio, la magia de la Alhambra.

Una bonita narración que les transportará a la época del Al-Ándalus al tiempo que visitan cada una de las estancias. Descubrirán los gustos y las costumbres de los árabes, el significado de algunas de sus palabras, lo que ocurrió en este precioso lugar... y todo ello acompañado de los maravillosos dibujos de Pilarín.